



PIEDRA DE TOQUE

MARIO VARGAS LLOSA

El orden espontáneo

El Negro Cucaracha fue uno de los capos indiscutidos de una de las cárceles de Lima durante muchos años y, me dicen, tiene el cuerpo hecho un crucigrama de cicatrices de tanta cuchillada que recibió en esos tiempos turbulentos.



Es un moreno alto, fornido y de edad indefinible a cuyo paso la gente de Gamarra se abre como ante un río incontenible. Me lo han puesto de guardaespaldas y no sé por qué pues en este rincón de La Victoria me siento más seguro que en el barrio donde vivo, Barranco, donde no son infrecuentes los atracos con pistola.

El Negro Cucaracha es ahora un hombre religioso y pacífico. Se ha vuelto evangélico, anda con una biblia en la mano y en el largo paseo me recita versículos sagrados y me habla de redención, arrepentimiento y salvación con esa seguridad del creyente radical que a mí siempre me pone algo nervioso.

Gamarra comienza donde termina Mendocita, ahora un sector de La Victoria de clase media modesta, donde, en mi primer año universitario, 1953, yo participé en una encuesta para averiguar la composición social de la que era entonces la barriada más pobre y violenta de Lima, recién formada por migrantes que bajaban de la sierra en busca de trabajo. Mendocita ha progresado mucho desde entonces, pero lo que constituye un prodigio de desarrollo es la contigua Gamarra, paraíso de la informalidad y el capitalismo popular, y soberbio ejemplo de lo que Friedrich A. Hayek llamó el orden espontáneo. En este puñado de manzanas cuya densidad demográfica a estas horas de la mañana es la de un hormiguero, se produce más riqueza y hay más transacciones comerciales que sin duda en ningún otro lugar del Perú. Y por aquí no pasó el Estado ni Gobierno alguno, ni las instituciones financieras formales, ni los créditos bancarios ni las normativas del Perú oficial. Todo esto que fermenta a mi alrededor con un dinamismo enloquecido es una creación de provincianos pobres y misérrimos que, huyendo del hambre, el desamparo y la violencia, dejaron sus aldeas andinas y, como no encontraron en la capital el trabajo que buscaban, tuvieron que inventárselo.

He venido porque hace unos días un empresario amigo que conoce bien Gamarra me contó algunas anécdotas sobre los personajes del lugar que me dejaron estupefacto. Me habló de un punero al que llamaremos Tiburcio, a quien vio llegar a Lima muy joven, con poncho y ojotas, que sobrevivió vendiendo chupetes

por las calles, y que ahora alquila tiendas y talleres de manufactura en estas calles por dos millones de dólares al mes. No exageraba ni una pizca. Tiburcio es uno de los íconos del barrio. Tiene once edificios, incontables tiendas y talleres y, desde hace poco, una fábrica de etiquetas en México.

Me recibe en el más moderno de sus locales y me muestra orgulloso una foto panorámica del minúsculo pueblecito, a orillas del Lago Titicaca, donde nació. Habla un buen español, con música ayмара, y despide energía y optimismo por todos los poros de su cuerpo. ¿Cómo lo hizo? Trabajando día y noche, ahorrando lo que podía y durmiendo en las calles, al principio. Lo ayudaron otros puneños que habían ya progresado y, por eso, él ayuda a los provincianos que vienen a Lima sin otro capital que su voluntad de salir adelante. Me asegura que el dinero que presta se lo devuelven en el 99 por ciento de los casos. “Me sobran dedos en las manos para contar las veces que me han estafado. Y eso que nunca pedí recibo por los préstamos”. Ha crecido tanto que, ahora, intenta formalizar por lo menos una parte importante de sus negocios y, para ello, ha contratado como gerente al primer banquero que le abrió una cuenta corriente.

Son pocas las transacciones que se hacen en Gamarra que figuran en contratos. Prima la palabra, que es sagrada, y el que la viola la paga: se le cierran todas las puertas y se vuelve un apestado. Le conviene huir y no volver por estos lares. Por doquier me dicen que la delincuencia es menor que en otros barrios y que no son muchos los dueños de negocios y locales que tienen seguridad privada. El precio de la propiedad alcanza cifras vertiginosas. Mi amigo me jura que, aunque parezca imposible, no hace mucho se vendió un local en el epicentro de Gamarra ¡a 28 mil dólares el metro cuadrado! Es decir, más caro que los barrios más caros de New York, Frankfurt, Zurich o Tokio.

Se comercia de todo, pero principalmente paños y telas, y ropa que es confeccionada en talleres del mismo barrio. Son centenares, equipados con maquinaria muy moderna, y miriadas de trabajadores de ambos sexos que hilan, cortan, cosen y empaquetan a un ritmo frenético, a menudo oyendo huaynos y música chi-

cha por altoparlantes a todo volumen. Algunos talleres están en las alturas, con una vista circular sobre el centro de la ciudad y los cerros aledaños, y otros en sótanos atestados que se hunden cuatro o cinco pisos en el subsuelo limeño. Mañana y tarde un verdadero río de camiones, camionetas, autos y hasta carretillas y motos se llevan esa mercadería por todos los rincones del Perú y también al extranjero.

Una de las tiendas mejor provistas es la de don Moisés (tampoco éste es su nombre). Es uno de los más antiguos y respetados comerciantes del barrio. Todos hablan de él con reverencia y gratitud. No es un provinciano sino un criollo, uno de los pocos que representa a Lima en este Perú en pequeño formato que es Gamarra. Según él, este emporio nació en los 60, cuando algunos migrantes advirtieron que los camiones que traían animales y artículos de pan para llevar al Mercado Mayorista, regresaban vacíos al interior del país. Se les ocurrió entonces utilizar ese transporte para enviar mercancías a sus pueblos y así comenzó a rodar la bolita de nieve que convertiría este pedazo de la vieja Lima en el vórtice de trabajo y riqueza que es ahora.

Los empresarios y comerciantes de Gamarra son unos liberales que se ignoran. Desconfían del Estado y del Gobierno y repiten como un mantra: “Si sólo nos dejaron trabajar!”. Ahora se quejan de la disposición que prohibió temporalmente y aún mantiene ciertas restricciones para importar hilados de India, una medida que, dicen, ha conseguido el lobby de los productores de hilados nacionales, más caros y menos variados que los que traían de Bombay o Kerala. Eso encarece sus costos y favorece a los fabricantes colombianos, sus grandes competidores en el mercado manufacturero nacional y americano. ¿Qué quisieran, pues? Que se abrieran las fronteras y que la globalización de la que tanto se habla fuera una realidad también en el Perú.

Las horas que paso en Gamarra me ilustran mejor que muchos estudios sobre el Perú de nuestros días. En las elecciones del año pasado, cuando advirtieron que los pobres votarían por Ollanta Humala, las clases dirigentes (que nunca han dirigido nada y vivido casi siempre del mercantilismo) entraron en pánico y, creyendo que se venía un segundo Hugo Chávez, volcaron todo su poderío a favor de Keiko Fujimori, la hija del dictador que cumple 25 años de cárcel por asesino y por ladrón. Pese a ello, esta última perdió la elección. Humala ha respetado escrupulosamente la Hoja de Ruta que prometió seguir en la segunda vuelta electoral, es decir, mantener la democracia y las políticas de mercado que en los últimos once años han traído al Perú un desarrollo sin precedentes en su historia.

¿Por qué el Presidente Humala tomó distancia de Hugo Chávez y adoptó las políticas de Brasil, Uruguay o Colombia? Más que por una conversión ideológica, por una percepción clara de la realidad: porque, para que sea posible la inclusión social que es su objetivo primordial, es indispensable que haya riqueza y empleo, y para ello no hay otro camino que el que siguen los hombres y las mujeres de Gamarra. Estos descubrieron a través de su experiencia algo que todavía muchos dirigentes de la izquierda, cegados por la ideología, se niegan a aceptar: que el verdadero progreso social no pasa por el estatismo ni el colectivismo —inseparables a la corta o a la larga de la dictadura— sino por la democracia política, la propiedad privada, la iniciativa individual, el comercio libre y los mercados abiertos.

El Perú va por buen camino y ni la derecha fujimorista ni la izquierda obtusa y anacrónica están por el momento en condiciones de apartarlo de él.

Usan cuarto 'tranquilizante' en prisiones

Les dan celda color de rosa

► Utiliza Suiza terapia de colores para disminuir la agresividad de reos

Yaozín Botello
CORRESPONSAL

BERLÍN.- En la cárcel de Lenzburg, a unos 30 kilómetros al oeste de Zurich, Suiza, hay aproximadamente unos 300 prisioneros. Muchos de ellos son asesinos. Tan solo uno de ellos mató a tres mujeres y violó a 11; otro acabó con la vida de cuatro niños.

Pero entre las cosas que podrían llevar a estas personas a ser mejores está lo que en términos médicos se denomina “terapia de color”. Por eso, las autoridades suizas han incluido entre sus castigos el pasar tiempo en una celda especial de color rosa.

“El rosa es un color que ayuda a los prisioneros a bajar su nivel de agresividad”, precisó a REFORMA Daniela Späth, psicóloga suiza especializada en los colores y el comportamiento.

Otras cárceles de Suiza y Alemania están tratando de aplicar el mismo concepto. También algunos cuarteles de Policía.

La terapia de colores se aplica en Lenzburg desde hace pocas semanas, como parte de una renovación a fondo.

El director de la cárcel, Marcel Ruf, afirma que en Suiza no tienen muchos problemas con reos muy violentos, pero los resultados en otras instituciones lo fueron convenciendo hasta que él mismo adoptó el concepto y pintó de rosa una gran celda donde recluyen temporalmente a los reos más peligrosos.

“En un principio me pare-

Responde más rápido el cerebro

Yaozín Botello
CORRESPONSAL

BERLÍN.- La psicóloga suiza Daniela Späth ha hecho experimentos que confirman el comportamiento del ser humano frente al color rosa. Uno de ellos, apoyado por algunos institutos helvéticos, fue en un centro comercial. Se pusieron cabinas de diferentes colores: rojo, amarillo, naranja, violeta, verde claro, azul, verde oscuro y “rosa tranquilizante”.

Para el experimento participaron 730 personas. De esas, 193 escogieron meterse a la cabina rosa. Y de esas, un 98 por ciento mostró signos vitales claramente más bajos que los inquilinos de las otras cabinas.

De acuerdo con la psicóloga Späth, antes de que el cerebro de una persona reconozca un color y su significado social, se desatan ya algunas reacciones físicas en el diencéfalo, es decir, el cerebro medio.

“La reacción muy rápida al color desata la tesis de que se trata de una actividad hormonal”, señala Späth.



► Un 15 por ciento de los centros penitenciarios de Suiza cuentan con celdas rosas para reducir la violencia de los reclusos.

ció una tontería y no estaba seguro si funcionaría, pero no quería nadar contracorriente”, señala a REFORMA el encargado del reclusorio.

Desde hace unos cuatro años otras cárceles suizas comenzaron con este experimento. Dos celdas de alta seguridad en la cárcel preventiva de Pfäffikon, cerca de Zurich, fueron pintadas con este rosa, conocido en la Psicología como “rosa tranquilizante”.

“La gente no lo quería aceptar en un principio. Los prisioneros decían inmediatamente ‘pero si no soy maricón’. Sin embargo, a las pocas horas se ponen tan suaves como la cera”, señala el director de ese centro, René Meier.

Por ejemplo, y a diferencia de otros lugares de reclusión, las celdas pintadas de rosa en la cárcel de Pfäffikon nunca fueron grafiteadas con excremento.

Además de los ejemplos mencionados, la cárcel del cantón suizo Schaffhausen, en el centro penitenciario Wauwilermoss, o en el de Bellechasse, ya tienen una celda rosa. Esto representa 15 por ciento de las instituciones con celdas de seguridad en Suiza.

También están pintados los cuarteles de las policías suizas de Biel, St. Gallen y Lucerna.

En el país helvético el color todavía no ha sido dictado oficialmente para su uso en cárceles, pero los resultados obtenidos motivan a que los directores de las instituciones lo utilicen.

En Alemania también es muy reciente este cambio. Hace poco la directora de la cárcel de Hagen mandó pintar una primera celda de este color.

Späth señala que cada vez hay más necesidad de usar el rosa en otro tipo de instituciones y no solamente en las de preven-

Experimentos previos en EU

BERLÍN.- La psicóloga Daniela Späth señala que la tesis del “rosa tranquilizante”, como le llama al color (originalmente “Cool Down Pink”) no es nueva.

En 1979 el psicólogo estadounidense Alexander Schauss publicó un estudio sobre el rosa tipo “Baker-Miller”.

El estudio reportaba que en las celdas estadounidenses el nivel de agresividad disminuía en los presos después de 15 minutos.

Sin embargo, en algunas cárceles de Estados Unidos, como Mason County, Texas, se comenzó a usar el color con otro motivo: para humillar a los presos. Aunque, de acuerdo con reportes de prensa, la cifra de reincidencia de los presos de esas prisiones ha caído a cerca de 70 por ciento.

Yaozín Botello

ción o readaptación.

Clinicas, escuelas, centros de ayuda social e incluso aeropuertos tienen situaciones complejas donde la gente necesita ser tranquilizada.

“Los puestos de control en los aeropuertos despiertan un gran comportamiento agresivo en la gente, pero si estuvieran configurados de otra forma, calmarían a los pasajeros”, afirma.



► La mayoría de la gente prefirió la cabina rosa.

SUDOKU

Completa la cuadrícula de manera que cada línea, columna y caja de 3x3 tenga un dígito del 1 al 9 sin repetirse.

NIVEL BÁSICO

		6	2		7	9	1	
	8	3	5					
2	9	7	1	4				3
5		9						
7	1						6	2
						4		9
	7			6	4	2	9	1
					9	5	4	
	4	2	7		5	3		

NIVEL AVANZADO

1	7				3		8	
	4		6		7			
5			8					
7					6		8	
		5	2		1	9		
3			5					7
					9			1
				3	8		2	
	2		1				9	6